

ALFONSO XI, EL LEÓN CARNICERO: EJEMPLARIDAD Y RECONQUISTA EN EL *POEMA DE ALFONSO ONCENO* Y LA *GRAN CRÓNICA DE ALFONSO XI*

ERICA JANÍN
SECRET (CONICET)
Universidad de Buenos Aires

Múltiples son las vinculaciones que los críticos han detectado entre el *Poema de Alfonso Onceno* y la *Gran Crónica de Alfonso XI*,¹ no solo en lo que hace a la exposición de los hechos históricos, sino también en cuanto a una supuesta comunidad de intereses que guían la factura de las obras y que sin dudas se deben a la relación intertextual que las une.² Los objetivos que parecen guiar la escritura de estos dos textos del siglo XIV pueden reducirse a uno solo con diferentes manifestaciones: la exaltación de Alfonso XI como rey ejemplar. En esta ocasión voy a detenerme, en-

tonces, en el estudio de los recursos que se ponen en juego como sostenes de una de esas manifestaciones concretas: la exaltación de Alfonso XI como rey reconquistador.³

Amelia García Valdecasas señala que entre los siglos XIII y XV hubo en la frontera granadina períodos de paz y de guerra, que provocaron una constante tensión:

¹ En adelante aparecerán indistintamente con el nombre completo o abreviado: *Poema* y *GrC*. Las citas del *Poema de Alfonso Onceno* corresponden a la edición de Juan Victorio (1991) e irán acompañadas del número de estrofa y letra indicadora de verso. Las citas de la *Gran Crónica de Alfonso XI* corresponden a la edición de Diego Catalán (1977) e irán acompañadas de números de tomo, capítulo y página.

² Para la discusión acerca de la intertextualidad que une *Poema* y *GrC* ver Diego Catalán ("Introducción", 104) y Gómez Redondo ("La *Gran Crónica*", 1817), que sostienen que el *Poema* es fuente de la *GrC*; y Segura González ("Tarifa", 1), que cree que el *Poema* reescribe la *GrC*.

³ Varios son los críticos que coinciden en afirmar la existencia del objetivo de alabar la reconquista y al rey como modelo de monarca reconquistador. En cuanto al *Poema*, Vaquero afirma que su finalidad es reemplazar los viejos cantares de gesta para exaltar la causa nacional ("Contexto", 55); por su parte, Victorio ("Introducción", 24-25) y Nassbaum ("El pensamiento", 15-16) dicen que era hacer propaganda de la campaña reconquistadora. En cuanto a la *GrC*, Catalán cree que pretende delinear el perfil del buen rey y brindar modelos de vasallos leales a ser emulados ("Introducción", 11-12), y tanto Ferro ("Las virtudes", 49) como Gómez Redondo ("La *Gran Crónica*", 1818) coinciden con Catalán en que se buscaría exponer un modelo de rey; por otra parte, Purificación Martínez está convencida de que el autor de la *GrC* busca apoyar el ya decadente sistema feudal ("La *Crónica*", 45).

En marzo de 1246 Muhammad I, fundador de la dinastía nazarita, firmó en Jaén con el rey de Castilla un tratado que significó el nacimiento del emirato granadino. A cambio el emir se comprometía a pagar parias al rey castellano, convirtiéndose en su vasallo. Buscando siempre consolidar su dominio durante esta agitada época de transición en la vida andaluza, Muhammad I se somete o ataca a Castilla según su conveniencia. Y esta situación entre Granada y Castilla se prolonga hasta el siglo xv, confiriendo un carácter singular a las relaciones entre moros y cristianos en la frontera granadina (“La singularidad”, 101).

Los enfrentamientos entre ambos bandos tenían como finalidad la obtención del botín, la toma de prisioneros para canje, la conquista de sectores enemigos y, además, el anhelo de fama y la exaltación del heroísmo (García Valdecasas, “La singularidad”, 102). Es por ello que tanto el *Poema* como la *GrC* harán hincapié en esta última finalidad como medio de glorificación regia.

Bien apunta Jorge Ferro que en las crónicas del período doña María de Molina encarna, durante las minoridades, el prototipo del gobernante ideal, quien se dedica afanosamente a conseguir el bien común del reino: “en ella vemos resplandecer las virtudes del político, y ella parece constituir el centro de gravedad de lo didáctico-formativo en el relato, el elemento más fuerte con que cuenta el cronista para instruir narrando. En la más rancia tradición clásica, se destacan en ella la prudencia y la fortaleza” (Ferro, “Las virtudes”, 59). Sin embargo, sabemos que hay otra labor que llevar adelante para la que María de Molina no podía postularse directamente como figura ejemplar y digna de imitación. La empresa de la reconquista exigía otros modelos, exclusivamente masculinos, para desempeñar ese papel; y es así como aparecerán el Cid, como modelo histórico-literario del *Poema* en el que el joven Alfonso deberá inspirarse, y el infante don Pedro que, como ejemplo viviente de la *GrC*, se comprometerá con esa difícil tarea durante la minoridad de Alfonso, cumpliéndola con

tal denuedo que marcará una línea de acción que el monarca retomará cuando asuma de lleno las obligaciones del reino.

En el *Poema* el ayo tampoco descuida el aporte de modelos de guerreros tenaces en su afán reconquistador a los que el rey deberá imitar, alcanzada la mayoría de edad, y así aparecen, entre otros, Fernán González y los reyes godos. Después de explicarle al joven monarca por qué, para qué y cómo debe enfrentar a los moros (estrs. 139 a 145), dirá:

Muy bien vos fue castigando,
señor; véngavos e(n) miente
el buen conde don Ferrando,
que fue (el) vuestro pariente,

e bien así los reys godos,
(los) vuestros anteces(s)ores,
(porque) aquestos reys todos
Fueron (muy) grandes señores

(e) escudo e abrigo
De la (santa) fe de Cristos,
(e) dexaron por testigo
Romances muy bien escritos

E corónicas fermosas
Por arte buena e conplida,
E otras muy nobles cosas
Que renuevan la su vida
De aquellos que bien obraron:
Como quier que son finados,
Sus famas acá dexaron:
¡nunca serán olvidados!

(estrs. 146- 150)

El pasado es un reservorio de casos a los que acudir para aprender, y tanto las ‘corónicas’, como los ‘romances muy bien escritos’, es decir, tanto la historia como la literatura puestas por escrito, son, con su claro afán didáctico, maestras de conductas y, en el caso de las crónicas, el canal por medio del cual premiar a ‘aquellos que bien obraron’, garantizándoles la fama y el recuerdo de sus nombres.

Hay un objetivo peculiar que hace a la singularidad de estas crónicas, y es que no se proponían simplemente reflejar la realidad o dar cuenta objetivamente de los hechos históricos exclusivamente, sino que tenían una pretensión mixta, es decir, se escribía la historia para recordar el pasado, para reconstruirlo y estudiarlo, y, al mismo tiempo y sobre todo, para aprender de él. Y es esa especificidad la que nos permite acercarnos a estas obras también como a textos literarios, pues había en ellas una dimensión científica, por llamarla de algún modo, pero también había una dimensión ejemplar. Y en ese punto es donde se justifican las intervenciones del cronista en el registro de los hechos históricos, que ya no puede ser desinteresado; y no puede serlo a conciencia. Por eso en el prólogo de la *Estoria de España*, que abre, junto con la *General Estoria*, la tradición cronística en lengua castellana, se dice que se escribe para recordar el pasado, pero también que se deja registro de los hechos de los ‘locos’ y de los ‘sabios’, y de los príncipes que hicieron bien y de los que hicieron mal “por que los que después uiniessen por los fechos de los buenos punnassen en fazer bien, et por los de los malos que se castigasen de fazer mal”. Y en esta misma línea, que autoriza la interpretación trascendente o moralizante de los hechos históricos con fines pedagógicos y celebrativos, se inscribe la *GrC*, que busca exaltar la figura de Alfonso XI para asegurar su fama, justificar su empresa y convertirlo en modelo imitable; operación que es al mismo tiempo didáctica y política.

Así como el nombre y los hechos de Alfonso son puestos por escrito en un poema y en una crónica, se remite también a un personaje ejemplar que ocupó igualmente un lugar preponderante en la historia y la literatura, y que le es propuesto al rey como ejemplo a emular:

Paró mientes el buen rey
En libros qu'están escritos
(de) los preceptos de ley
(de) la santa fe de Cristos.

E vio libros que fablaban
Del (muy) noble Cid Ruy Díaz
E cómo los reys provavan
Con moros caballerías.

(estr. 284- 285)

Ante un problema presente, el pasado, muy de acuerdo con la lógica del *exemplum*, aporta una solución ejemplar sobre la base de la analogía: “Rodrigo Yañez ha convertido al Cid en un auténtico *speculum principis* para la labor reconquistadora de Alfonso XI, pues los libros que sobre él leyó le motivaron a empezar la lucha contra el Islam” (Vaquero, “Contexto”, 59). Podemos suponer, siguiendo el mismo razonamiento analógico, que el autor del *Poema* perseguía el mismo estatuto para su propio texto.

La *GrC* también expone un paradigma de conducta, que al mismo tiempo prefigura al mismísimo Alfonso XI y se le propone como modelo a imitar. El infante don Pedro, hijo de María de Molina y tío del rey niño, carga sobre sus hombros la pesada tarea de llevar adelante la misión reconquistadora, tarea que cumple de un modo honorable durante la minoridad; y la *GrC* se encarga de resaltarlo en varias de sus interpolaciones.⁴

⁴ Las intervenciones del infante don Pedro son celebradas en la *GrC* con alabanzas; basten los casos que siguen como ilustración. En el capítulo VII se cuenta cómo el infante interviene en un enfrentamiento interno entre los moros por los lazos de ‘amistad’ que lo unían a uno de los bandos en pugna; después de su valeroso y eficaz desempeño “*entregaron el castillo al ynfante don Pedro el tercer dia que ay lleo. E dende tornose para cordoua el e todas sus compañas con prez e con honrra*” (I, VII, 290). Más adelante, se relata la victoria del infante sobre Ozmín y sus hombres en la Batalla de Alicún (Mayo, 1316) y se hace particular hincapié tanto en que don Pedro venció con valor y nobleza, como en que gozaba de la predilección de Dios; y en el cierre del episodio leemos: “*E ansi se torno el infante don Pedro e todas sus gentes con gran honrra e con grande prez*” (I, X, 297). Al mes siguiente entra nuevamente en tierra de moros y consigue tomar varios castillos, “*e vinose dende para Cordoua, el e todos los suyos con prez e con honrra*” (I, XI, 298). También al año siguiente corre tierras de los moros en la vega de Granada “*E de ay se torno el ynfante don*

Como sucederá luego con Alfonso, en la *Crónica* ya aparecen enfrentados don Pedro y los principales señores castellanos, como don Juan Manuel y don Juan, que le son tan hostiles como lo serán con Alfonso.⁵ Pero la *GrC* acomete con el objetivo de sublimar a don Pedro demostrando que los enfrentamientos internos no lo detienen en su lucha contra el moro, y es por estas coincidencias que Pedro, además de servir de *exemplum*, es útil como figura de Alfonso, sólo que el rey consumará la figura sin cometer los errores de su tío (errores escasos, pero existentes).⁶ Veamos algunos ejemplos:

Muy grande fue el miedo quel rrey de Granada con sus moros ovieron del ynfante don Pedro, e veyendo el mal que del rresçebían, fizieron mucho por auer

Pedro e todas sus compañías a saluo con muy grande honrra e prez, haciendo muy grande servicio a Dios e al rrey don Alonso, su señor y su sobrino, e muy gran daño a los moros; e desta guisa se fue hasta en Cordoua” (I, XIV, 302). Como vemos, en todos los casos se subraya que el infante sale victorioso, y que sus victorias lo cubren de honra.

⁵ Esto puede verse en el capítulo VIII (I, 292- 293) y en el XIV (I, 302).

⁶ Dirá Auerbach que “la interpretación figural establece entre dos hechos o dos personas una conexión en la que uno de ellos no se reduce a ser él mismo, sino que además equivale al otro, mientras que el otro incluye al uno y lo consume. Los dos polos de la figura están temporalmente separados, pero ambos se sitúan en el tiempo, en calidad de acontecimientos o figuras reales [...]” (*Figura*, 99); y más adelante: “en tanto que la interpretación figural pone una cosa en lugar de otra, haciendo que una represente y equivalga a la otra, pertenece también a las formas de representación alegóricas en el sentido más amplio. Pero la interpretación figural se distingue claramente de la mayor parte de las formas alegóricas que conocemos, debido al hecho de que en ella nos las habemos con la historicidad real tanto de la cosa significante como de la cosa significada” (100). Y por último: “La profecía figural implica la interpretación de un proceso universal y terrenal por medio de otro; el primer proceso significa el segundo, y éste consume aquél. Ambos continúan siendo sucesos acontecidos en el interior de la historia; pero en esta concepción los dos suponen algo provisional e incompleto, se refieren mutuamente el uno al otro y señalan hacia un futuro inminente que será el acontecimiento pleno, real y definitivo” (*Figura*, 106).

con el amor e avenencia e de le dar tributo cierto de cada año porque los dexase beuir en paz en sus tierras. E andudieron mensajeros sobre esta rrazon, e el ynfante don Pedro ouo de fazer grand parte de lo que los moros quisieron. E esto fue por que luego mandado al ynfante don Pedro de la rreyna su madre de como el ynfante don Iohan andaua bolliçiendo quanto podia con los de la tierra contra el; así que por esto, e otrosí por que algunos rricos omes e caualleros gelo aconsejaron, diziendo que tomase algo de los moros e pusiese pazes con ellos, pues sabía cierto quel ynfante don Iohan le fazia mal en la su tutoria, e que por esta rrazon era bien se avenir con el rrey de Granada e yrse para Castilla a poner paz e concordia en la tutoria que tenia del rey. E quando esto oyo el ynfante, quiso complir su rruego, e fizo avenençia con los moros, e dieron se fieldat de amas las partes; e por las pazes estar mas firmes, fue Diego Garcia de Toledo, mayordomo que era del ynfante don Pedro, al rrey de Granada, e por señal de creencia destas pazes leuo çertidunbre del ynfante las sus sobre señales e vna carta con su sello.

E quando el rrey de Granada vio el mensajero del ynfante plogo le mucho con el, e rresçebió las fieldades, e enbio el auer al ynfante que con el auia puesto en rrazon de parias. E rresçebio el ynfante el aver del rrey moro. E partió luego de la frontera e fuese para Castilla a Valladolid a do era el rrey e la rreyna doña Maria su madre. E fue rresçebido con muy grand onrra e grand fiesta, ca las gentes lo presçiauan mucho por que era noble señor e muy buen cauallero, e manparaua muy bien la tierra (I, XV, 304- 305).

Los agregados de la *GrC* dan cuenta de cómo Pedro se enfrenta a los mismos problemas a los que se enfrentará Alfonso y los resuelve, de igual modo, con cálculo y astucia, aportando una matriz conductual que asegura el éxito. Mientras otros tutores y nobles generan disturbios y, en vez de colaborar, entorpecen la tarea de la reconquista, don Pedro trabaja para controlarlos y enfrentar a los moros, que son los verdaderos enemigos. En su tarea de tutor encarna dos modelos a imitar: el de rey ideal, en tanto se ocupa de la reconquista mientras sustituye y representa al rey niño —y figura al Alfonso adulto—; y el de caba-

llero ideal, al noble servicio del rey (velando por los intereses del rey y del reino) y no buscando beneficios personales. Es en este sentido que los agregados de la *GrC* tienden a destacar la grandeza guerrera del infante don Pedro, tal como más adelante sucederá con Alfonso. Pero también quedó dicho que Alfonso consumará el modelo con una perfección que falta en Pedro:

E en todos los fechos que fizo este ynfante don Pedro non fallan los omes que le rreptar sy non esto solo, en quebrantar las pazes que auia puesto con el rrey de Granada e su verdad, e pasar la fe e la fiedad que Dios estableçio entre los omnes en comunal mente. Et avn sospechan los omes que esta fue la ocasión por que este ynfante don Pedro fue muerto, segund adelante oyredes a do fuere su lugar (I, XVIII, 309).

Este agregado del la *GrC* se produce con una intención netamente ejemplar, dejando claro que Pedro es un modelo a seguir, un hombre que en toda su vida cometió un solo error, y esa imperfección no se le perdona; y, aunque en el capítulo siguiente quedarán plasmadas sus buenas intenciones, su error también sirve para adoctrinar: el buen caballero debe respetar la palabra empeñada incluso a los moros.

Después del triunfo aplastante que obtuviera Alfonso en la batalla del Salado, y con motivo de la embajada que envía al Papa, el poeta aprovecha para describirlo solapadamente en la narración de los hechos como un “rey de gran altura” (1982 c), pero sumiso a la autoridad eclesiástica, pues se encomienda al Papa (estr. 1899 y 1909), a quien entrega su pendón y su caballo (1894 c, 1895 a y estr. 1908) demostrándole así que está a su servicio. Es generoso con la Iglesia, al cederle parte de su botín de guerra (1907); pero, por sobre todas las cosas, se le presenta como el guardián de la cristiandad frente a la amenaza mora (1902 cd y 1903); y así lo describe Juan Martínez de Leiva, emisario ante el Papa, al asegurar que a los moros “don Alfonso d’ España,/ de la santa fe adalid,/ con muy poca de conpañía/ en el canpo les dio lid” (estr. 1904)

y que “mucha lazería toma/ por onrar la cristiandad,/ la santa casa de Roma/ sirve muy de voluntad” (estr. 1910). La alabanza llega a su pináculo cuando de ella se hace cargo el mismísimo Papa:

Dixo luego el padre santo:
‘Roguemos por este rey,
Nuestro escudo e nuestro manto,
Braço mayor de la ley

E nuestro defendedor,
Guarda de la Trinidad:
;non saben enperador
Tan conplido de bondad!

Nin nunca fue nin será
Tan buen rey entre cristianos
Que fizo nin que fará
Atanto bien con sus manos

Como este rey tiene fecho:
Non recela mal ni muerte.
Éste es rey con derecho
E nuestro castiello fuerte,

Que nos tiene en su guarda
Con el su noble poder,
E pas(s)a vida penada
Por nos todos defender.

(estr. 1918-1922)

En este particular panegírico, el Papa destaca el carácter de defensor de la cristiandad del monarca castellano, quien por el bien de ésta sacrifica su comodidad y bienestar, convirtiéndose en paradigma de cristiano; y para mejor celebrar al rey se echa mano del tópico del sobrepujamiento, que permite que, al compararlo con los reyes del pasado (¡y del futuro!), todos queden a su zaga. Sus conquistas, sus éxitos militares y su valiente defensa del cristianismo, le valen también el loor que le hará el narrador haciendo hincapié en los territorios ganados al infiel, en su espíritu

conquistador y en el temor que le tienen los pueblos de Oriente (estr. 2007-2009).

El temor de los moros está mezclado con admiración y obedece a la certidumbre de la superioridad y, al mismo tiempo, a la conciencia de que Alfonso goza de la predilección de Dios. De esto da cuenta la descripción que de él hace el propio rey de Granada (estr. 2336-2341), luego de que sus tropas hubieran probado la espada del rey castellano en el cerco de Tarifa.⁷ El epitome de esta admiración temerosa del rey granadino se lee en la estrofa 2338:

De león tiene figura
E corazón de pecado;
En planeta de ventura
Puso Dios el su estado.

A los atributos personales, tales como la valentía y la bravura en batalla, que le valen la comparación con el león, se suman la protección divina y el favor de los astros, que parecen volverlo invulnerable. Y en este punto no hay que perder de vista la remisión al león, porque en ese símil se condensa gran parte de la potencia enaltecida de Alfonso por parte del narrador; pues este animal, figura del rey, parece simbolizar la ira justa, motor de todos los éxitos alfonsinos.⁸

Con motivo de la queja de los labradores por los abusos perpetrados por los tutores, y con el rey todavía niño, es que aparece por primera vez la figura del león:

E andábase quejando
(del dolor) de corazón:
así andava bramando
como un bravo león.
(estr. 104)

⁷ “Quando me Tarifa m[i]enbra/ cómo fue con [la] mi gente,/ todo el corazón me t[i]enbra,/ torno tal como doliente” (estr. 2341).

⁸ Mediante otro tipo de lectura, mucho más atenta a las deudas con sus intertextos, Catalán cree que la comparación de los guerreros con animales en el *Poema* obedece a la imitación del Alexandre (*Poema*, 71-87).

En este pasaje, que relata el momento en que el rey se decide a intervenir contra las injusticias de los tutores y que marca la entrada en la mayoría de edad, se utiliza el símil del león, que volverá a aparecer cada vez que el rey deba entrar en acción para garantizar el orden interno o, mayormente, para describir su accionar en la frontera. Al margen de las menciones en las profecías de Merlín (estr. 244-247 y 1808-1843), en donde por exigencia del género se recurre a la alegoría animalística, tenemos una segunda ocurrencia en la estrofa 270:

Las sierras e las montañas
Rompió como león fuerte,
Prendiendo malas compañías
E faziendo cru(d)a muerte.

En este caso la mención refiere al modo implacable en que enfrenta el delito y aparece en medio de un fragmento (estr. 267-282) que describe sintéticamente la labor de Alfonso y la puesta en orden del reino: aplica una ley muy dura contra los que roban y corren las tierras empezando por los ‘mayores’ (para que los ‘menores’ aprendan en cabeza ajena), desbarata grupos de bandoleros aplicándoles la pena capital, hace poblar las villas, inicia obras en los castillos de la frontera, renueva los caminos y garantiza la seguridad en ellos, etc.⁹

Pero, como quedó dicho, la figura del león servirá para referir más que nada la labor reconquistadora de Alfonso. Podemos ver esta referencia ya en la vigilia de la batalla del Salado

En la su tienda yazía
Non cob(d)iciando tesoros,
Mas deseando el día
Que se vies(s)e con los moros.

En la su cama yaciendo
Con saña del corazón,

⁹ Y también “Quando el rey esto oyó, / ayuntó la su compañía: / por las tierras se salió / como el león con saña” (estr. 298).

Yazíase revolviendo
Como un bravo león.

(estrs. 1498-1499)

La sola perspectiva de la batalla alcanza para inflamar el corazón de Alfonso y transformarse en una idea fija que, incluso, le hace olvidar el rédito material de la victoria.¹⁰ Y cuando ya toma su lugar en la batalla del Salado, consigue inclinar la suerte a su favor, pues los cristianos, que estaban en inferioridad de condiciones y en actitud de huida, se envalentanan al verlo entrar en acción

E con gran saña de muerte
Forçolo el corazón,
E dio un bramido fuerte
Como un bravo león.

Fizo los moros arqueros
Con muy gran miedo tenblar
E fizo sus caballeros
A la batalla tornar.

(estrs. 1677-1678)

Ciñéndose en este caso a los tópicos de la poesía épica, el poeta relata que la aparición del héroe en el campo de batalla alcanza para amedrentar a los enemigos y para insuflar valor en el corazón de los amigos.¹¹ Y cabe aquí referir a Cecil Bowra, quien en su

¹⁰ Recordemos que el primero en ser comparado con un león es el infante Pedro, su tutor y prefigura, en la batalla en la que encontrará valerosamente la muerte: “El infante, buen varón, / que siempre fue bien fardido, / forçólo el corazón / e dio un fuerte bramido.// Casti(e)lla e León llamava / como un bravo león, / al su alférez mandav(a) / que fues(s)e con el pendón [...]” (estrs. 31-32). Y el infante Abomelique, hijo de Albohacé, por su valiente intervención será también comparado tres veces con un león antes de morir en batalla (estrs. 778 y 792) y en el planto de su padre (estr. 908).

¹¹ Su actitud previa a la entrada en batalla es la misma “Al Saldo fue llegando / este rey, noble varón, / a los moros oteando / como un bravo león” (estr. 1556).

estudio sobre los héroes épicos (“El héroe”) nos da una pauta de lectura.

Los héroes más grandes son, primordialmente, hombres de guerra. Pero, aun en batalla, lo que realmente importa es la fuerza heroica, el espíritu decidido que inspira a un hombre a tomar riesgos prodigiosos y le permite superarlos con éxito, o por lo menos fracasar con distinción gloriosa. Su conducción y vigor peculiares explican por qué a menudo los héroes son comparados con animales salvajes [...] (“El héroe”, 5).

Y más adelante agregará, no sólo que “la vitalidad de los héroes agudiza su deseo de batalla, y se transforma en un frenesí y una furia sobrehumanos” (6), sino que “el poder que los héroes despliegan en acción se puede sentir en su sola presencia” (6), pues “cuando ellos aparecen, los otros hombres los reconocen como superiores” (6). Y éste es claramente el rol de Alfonso en los enfrentamientos bélicos: con su sola aparición hace que sus hombres se sientan seguros y que los enemigos tiemblen. Sigamos corroborándolo en otros pasajes

Paresce león con ravia
Que (vi)ene (muy) carnicero:
Nunca Canay de Aravia
Fue más bravo caballero,

Nin así Gomaraçán,
Natural de Tremecén.
¡Ya deste rey hablarán
Su nobleça e su bien!

(estrs. 1703-1704)

De este fragmento es importante destacar varias cuestiones. A la rabia, sinónimo seguramente de furia bélica o, por qué no, de furor épico, se suma la calificación de ‘carnicero’ que atañe a su modo encarnizado de combatir y probablemente a la cantidad de moros que habrán probado la espada regia en carne propia; sin embargo, muy sabiamente el poeta adhiere este calificativo al nombre ‘león’ cuando da

cuenta del comportamiento de Alfonso en la frontera, pero nunca para referirse a su modo de manejarse en el interior del reino. Recordemos asimismo que el fragmento está inserto en el parlamento que un vasallo musulmán dirige al rey moro de Granada para disuadirlo de que huya sin enfrentar a Alfonso, reflejando en el uso de esta palabra otra vez el terror de los enemigos. Luego se vuelve a utilizar el recurso del sobrepujamiento al comparar a Alfonso con notables caballeros que quedan disminuidos en la comparación. Y no es un detalle menor la comparación anticipada que este mismo vasallo hace entre los dos reyes antes de que puedan medirse en el campo de batalla y que funciona casi como una profecía:

Si de aquí salierdes vivo,
El (día) de oy nascistes:
Noble rey (vos) ha vencido
E ya vós otros ven(cist)es.

(estr. 1701)

Al margen de hacer constar que salir vivo de un enfrentamiento con Alfonso es un hecho milagroso, se apela al tópico, muy usado en la tradición de las novelas de caballerías (tanto que, por manido, será parodiado unos siglos después en el Quijote), de traspasar las victorias, y la fama que eso implica, del vencido al vencedor, ya que la lógica de la caballerescas indicaba que si un caballero vencía a otro, que a su vez había derrotado a otros tantos, esas victorias le pertenecían simbólicamente, lo que hacía crecer su fama y lo volvía digno de aspirar a que sus hazañas se registraran por escrito (“¡Ya deste rey hablarán/ su nobleça e su bien!”).¹² Y advertimos el uso del mismo símil también en otras ocasiones:

Cada unos bien lidiaban
Que sienpre será fazaña,

¹² En la estrofa 1711 también se recurre a la comparación con el oso para expresar su bravura “Las sierras atrave(s)ava,/ bramando iva como oso” (versos ab).

E la mejoría davan
Al muy noble rey d’ España,

(qu)’ en los pueblos del Levante
Fería como león.

(estr. 1752 y 1753 ab)

El pendón adelantaron
Por cima de la montaña,
E muy acerca fallaron
El muy noble rey d’ España,

Que iva sin falleamiento
Los puertos atraves(s)ando
Como un león fanbriento
En los moros derribando.

(estr. 1768-1769)

En ambos casos se destaca, por medio de la mención del león, el denodado modo de combatir de Alfonso, y, en el segundo caso se utiliza, como calificativo el adjetivo ‘fanbriento’, que busca destacar el carácter de necesidad de su acción, al tiempo que indica el grado y el modo de su intervención. Nótese que también se lo menciona, en las dos oportunidades, como ‘el muy noble rey d’ España’, resaltando todavía más el carácter encomiástico que evidentemente tiene la referencia al león.¹³

Con menor despliegue de símiles y tópicos literarios, porque el formato genérico pone algunos límites al respecto, el interpolador de la *GrC* se las arreglará; sin embargo, para sobredimensionar el papel

¹³ Por otra parte, el fracaso del rey de Granada se anticipa en la estrofa 1691, en la que recibe el mote de ‘toro’ (“Aquesto vio el rey moro,/ ¡más quesiera la su fin!./ e dio bozes como toro/ llamando ¡Benamarín!”). Así como el león tiene en la literatura ficcional de la Edad Media preeminencia sobre el resto de los mamíferos carnívoros, y por eso representa al rey de estos; del mismo modo, el toro ocupa el lugar más elevado entre los mamíferos herbívoros y tiene la potestad de regirlos. Pero, así como en un enfrentamiento colectivo los carnívoros están en ventaja respecto de los herbívoros, del mismo modo, un combate singular entre el león y el toro le depara una fuerte derrota a este último.

de Alfonso en la lucha contra los ejércitos musulmanes; pero también aportará ejemplos provenientes de la historia benimerín. Así se abre la historia de Albohacen:

Del rrey Abdalfaque vien en los rreys de Benamarin. E este rrey Abdalfaque fue el primero de los Marines, e fue buen rrey en su ley e muy esforçado e dio çima a grandes fechos, e llamaronle los moros esmeril de los rreys, que quiere dezir espejo de los rreys; e avn, segund dize la Grande Ystoria de Africa, fue llamado rrey santo, e esto fue por que en su vida nunca fue vencido el nin los suyos. E sus hijos fueron el rrey Aboyuçaf e el rrey Aboxafia. E el rrey Aboyuçafe eredo después de la muerte del padre el reyno, e fue buen rrey en su ley, y passo la mar quatro vegadas, e conquirio a Calatraua la Vieja e levo gran rrobo de tierra de christianos; e este rrey fue el que mató a don Nuño de Lara çerca de Eçija. E desde murió, eredo su hermano Aboxafia el reyno, e fue buen rrey. E bien ansí fueron todos los otros rreyes muy buenos que descendieron deste linaje; e ganaron las tierras veniendo bien desde çima de Oriente fasta los mares del Estrecho e metieron so su señorío a Marruecos que era imperio, e conquirieron el Poniente e el Algarbe e los reynos que agora son llamados Benamarin, e por esto les mudaron los nombres a estos rreynos que avemos dicho porque fueron conquistados de los marines (II, CCXIV, 201).

El rey que inicia el linaje Benimerín, por su carácter de esforzado y emprendedor, es elevado a la categoría de ‘Espejo de reyes’, es decir, un lugar donde podían mirarse los otros reyes para medirse y un modelo a copiar por otros monarcas, entre otras cosas porque no se le registró derrota alguna. Según reza el pasaje citado, su primogénito, conquistando territorios cristianos, siguió la misma línea de acción, igual que los demás descendientes del primer Benimerín, pues la marca del linaje parecía ser la inclinación a la conquista y los éxitos militares. Aunque, no obstante el deseo de aportar un modelo de monarca encarnado en este linaje, no será menor el hecho de que le

esté reservada a Alfonso la victoria sobre esta poderosa y exitosa estirpe, pues la grandeza del enemigo vencido habla también de la propia, convirtiéndose así Alfonso a su vez en un espejo de reyes.

Cuando la historia retome el cauce de los enfrentamientos entre cristianos y moros, el inicio del cerco de Tarifa estará signado por una situación de desventaja para el monarca castellano respecto de Albohacen, a quien se le aconseja que:

Desde Xerez fuesse ganado, que fuesen asentar sus tiendas sobre Seuilla, donde estaua el rrey don Alonso; lo qual bien pensauan que non ossaria esperalle ay, y que si por ventura ay esperase, que lo ternia çercado allí fasta que lo tomase; como quiera que bien sabían que el rrey don Alonso era de gran coraçon e muy sin miedo, e por esto, que bien creyan que non auria por cosa por que el estuiese çercado en Seuilla nin en otro lugar, e que bien creyan, que desde ansí se viesse de tal guisa perdido, con esos pocos caualleros que tuviesse que no dexaria de venir a dar batalla, ca el era ome de grande esfuerço e que mas quería morir peleando que no morir perdido e desheredado [...] (II, CCLXXXVIII, 332).

Nuevamente es en boca de los enemigos que se destaca el altísimo valor de Alfonso como guerrero y caudillo, lo cual le da un cariz de objetividad que elimina cualquier duda posible en cuanto a la veracidad del testimonio. Los términos ‘gran coraçon’, ‘muy sin miedo’, ‘grande esfuerço’, sumados a la referencia de que la falta de hombres e inferioridad de condiciones no es motivo para amedrentar al valeroso Alfonso, son una manera más racional de expresar su temple corajudo que la analogía que en el *Poema* se establecía con el león, pero refiere lo mismo. Sin embargo, y al igual que en el *Poema*, su bravura se encauza hacia la lucha contra el moro; lo que puede verse en la acotación del interpolador en el capítulo CCLXXX. Allí se relata cómo inmerecidamente y por culpa de los mezcladores el Almirante Tenorio, a cargo de la flota castellana que en el estrecho buscaba detener a

la flota africana, cae en sospecha de estafa frente al rey, y es alertado por medio de una misiva. Y nos dice el interpolador:

E quien esta carta enbio dixo su voluntad, que el coraçon del rrey don Alonso non era tornado a todas las cosas nin creya de ligero saluo lo que viesse por cierto; e otrossi el rey amaua al almirante de leal amor por muchos seruiçios e buenos que le auie fechos, segund buen vasallo deue fazer a señor, e por esto el rrey non podia creer contra el ninguna cosa de mal, nin contra otro ninguno que le non hiziesse sinrazon. E como quier que lo non conocían dezian por el rrey que era bravo; e por cierto sepan todos los que este libro oyeren que en el mundo nunca fue señor mas sufrido e de mayor piedad ni mas mesurado contra el vençido (II, CCLXXX, 314).

El interpolador despeja dudas en cuanto al temperamento de Alfonso y nos habla de un rey piadoso y mesurado con los suyos, aun cuando puedan haber entrado en conflicto con él. Pero no conforme con eso, aprovecha para moralizar en varios sentidos, ya que deja sentado que un buen vasallo debe servir lealmente a su señor y que todo buen señor, al igual que Alfonso, que es un espejo, debe ser lo suficientemente prudente como para no guiarse por habladorías.

Pero tal vez el ejemplo más acabado de su grandeza reconquistadora se dé en el pasaje en que se narra uno de los momentos más críticos por los que pasa el rey durante el cerco de Tarifa, pues Alboacen sin respetar la tregua pactada con Alfonso está atacando la villa de Tarifa, y esto obliga a Alfonso, otra vez en inferioridad de condiciones, a pedir consejo a los suyos:

E quando el rey oyo aquella rrazon que dezian aquellos que le aconsejauan quel dexale la batalla e que pleitease con Tariffa e la diese al rrey Alboaçen, ouo muy gran pesar e sobejo, pero como buen rrey e sabio encubrio su coraçon lo mejor que pudo, e dixo que por cosa del mundo que le non fablasen en que el perdiese a Tariffa, la que el rrey don Sancho su aguelo auie ganado con grande afán del su cuerpo. E que el

que auia allí consigo, graçias a Dios, muchos buenos, con los cuales tenie el que darie batalla, con la ayuda de Dios, al rrey Alboaçen e a quantos moros creyan en Mohamad; ca bien sabien ellos que non se vençien las grandes batallas con grandes compañías, mas por pocas e buenas e leales e de buenos coraçones, e que amasen su rrey e que le ayudasen con puros e abyvados coraçones, poniendo en Dios su esperança por ser los vençedores, e perder el duelo del mundo e oluidar el dolor de las carnes por hazer a Dios servicio e ganar el prez deste mundo e la gloria del otro que dura por siempre. E otro si dixo el buen rrey que el que lo amase e quisiesse su seruiçio e su honrra, que no le fable en perder a Tariffa; e que mas querie el perder la cabeça con la corona de España, que hacer cosa que le fuese verguença en la vida, e después de su muerte ser deshecho de los otros rreyes que lo supiesen; e que si algun lugar auie perdido, en tal caso que se tenie por amanzillado, como quiera que no fuese por su culpa (II, CCXCVI, 351- 352).

Se concentran en este pasaje varias de las virtudes y actitudes prototípicas del rey ideal, en este caso hechas carne en Alfonso: muestra prudencia al encubrir su enojo y moderar sus reacciones ante un consejo que considera perjudicial y deshonesto; asume valerosamente la misión de no perder territorios ni echar por la borda los esfuerzos de los reyes del pasado, en tanto es parte de una tradición reconquistadora en la que se juega el honor de los reyes del pasado y de los que vendrán; confía en sus hombres y los arenga con la finalidad de convencerlos de que, a pesar de ser menos, no están en inferiores condiciones, en tanto la calidad de sus hombres mengua la desventaja cuantitativa; exhibe una alta valoración de la honra depositada en las conquistas realizadas y en el afán de las nuevas; y le da a la lucha una dimensión trascendente que recupera el espíritu de cruzada, mostrando confianza en Dios y una sólida esperanza, como rey cristiano, e invitando a sus hombres a asumir su mismo compromiso de lucha: sacrificar sus vidas y renunciar a los bienes de este mundo para ganar fama terrena y gloria eterna.

La última interpolación de importancia de la *GrC* está destinada a reproducir el agradecimiento de Alfonso a la Virgen de Guadalupe por la victoria que le concedió operando de intermediaria a su favor, pero la anteúltima, situada en el relato de la embajada que don Alfonso encomendara a Juan Martínez de Leiva ante el Papa, está a cargo del narrador-interpolador y gira alrededor de Alfonso:

E el Padre Sancto otorgo al rrey de Castilla mas gracias de las que antes le auia otorgado para aquella guerra que auia con los moros. E el mensagero del rrey de Castilla despediose del Padre Sancto e tornose para su señor el rrey que lo auia enviado. Mucho bien puso Dios en tal rrey como este fue, e grand honrra e vitoria ouo por el la christiandad, e mucho se alargó la su vida e honrra. E de tal rrey como este deuián tomar exenplo e castigo todos los rreyes e altos omes (II, CCCXXXIV, 447).

Este cierre moralizante y didáctico, que nos explica cómo leer esta crónica, acusa el carácter ejemplar con el que se diseña al monarca castellano y al que tienen las interpolaciones: Alfonso, llevando adelante su misión reconquistadora, protege a la cristiandad toda y la cubre de honra, por eso “de tal rrey como este deuián tomar exenplo e castigo todos los rreyes e altos omes”. No obstante, no debemos olvidar que se trata tan solo de una de las formas que el texto tiene de alabar al rey, pues el trabajo de exaltación que propone la *GrC*, y también el *Poema*, contempla otras dimensiones que no fueron atendidas en este trabajo y que contribuyen con el objetivo de exaltación general: el elogio de la campaña de pacificación interna que Alfonso llevó adelante y la construcción de su figura legendaria.¹⁴

¹⁴ En otros trabajos de pronta publicación me he ocupado del análisis de estos otros dos temas.

BIBLIOGRAFÍA

- AUERBACH, ERICH, *Figura*, Madrid: Trotta, 1998.
- BOWRA, CECIL, “El héroe”, en *Heroic Poetry*, Londres, 1961, 91-131. [traducción de la cátedra de Literatura Europea Medieval (UBA) a cargo de Gloria Chicote y Silvia Delpy, pp. 1-24]
- CATALÁN, DIEGO, *Poema de Alfonso XI. Fuentes, dialecto, estilo*. Madrid: Gredos, 1953.
- FERRO, JORGE, “Las virtudes del gobernante en las cuatro crónicas que preceden a la obra del canciller Ayala”, *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada*, I, 1995, 49-61.
- GARCÍA VALDECASAS, AMELIA, “La singularidad de la frontera granadina según la historiografía castellana”, *La Corónica*, 16:2, 1988, 101-109.
- GÓMEZ REDONDO, FERNANDO, “La *Gran Crónica de Alfonso XI*”, en *Historia de la prosa medieval castellana II: El desarrollo de los géneros. La ficción caballeresca y el orden religioso*, Madrid: Cátedra, 1999, 1816-1820.
- Gran Crónica de Alfonso XI*, ed. de Diego Catalán, Madrid: Gredos, 1977.
- MARTÍNEZ, PURIFICACIÓN, “La *Crónica* y la *Gran Crónica de Alfonso XI*: dos versiones ideológicas del reinado de Alfonso XI”, *Hispanic Research Journal*, I-1, 2000, 43-56.
- NUSSBAUM, FERNANDA, “El pensamiento político en el *Poema de Alfonso XI: la relación Monarquía-Iglesia*, *Boletín Hispánico Helvético*, 7, 2006, 5-44.
- Poema de Alfonso Onceno*, ed. de Juan Victorio, Madrid: Cátedra, 1991.
- SEGURA GONZÁLEZ, WENCESLAO, “Tarifa y el Poema de Alfonso XI”, *Aljaranda. Revista de Estudios Tariferos*, Año XV-57 2005, (www.aytotarifa.com/cultura/aljaranda/A57/Num57.htm).
- VAQUERO, MERCEDES, “Contexto literario de las crónicas rimadas medievales”, *Dispositio*, X-27, 1985, 45-63.